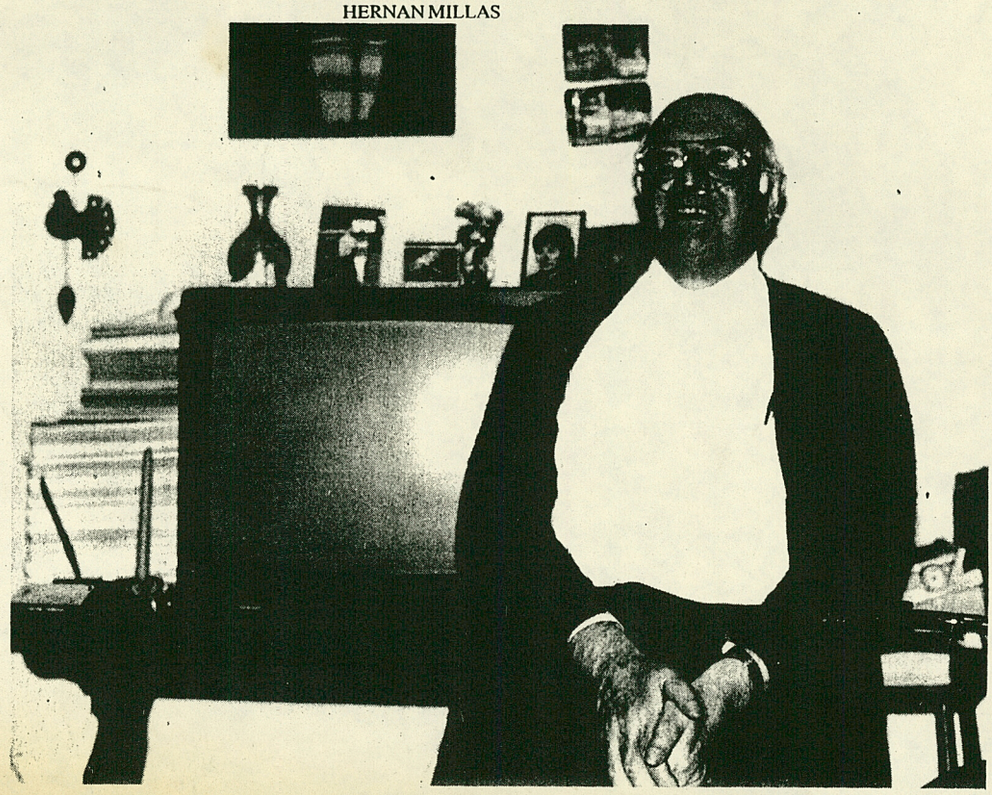
868-1

CRONICAS DE LA EPOCA

Así era mi hermano Orlando

HERNAN MILLAS



Orlando Millas en una de las últimas fotos que le tomaron en su casa en Rotterdam (Holanda), donde murió en la semana que termina.

Fue pocos días antes del golpe. En una larga cola divisé a Adriana, la esposa de mi hermano Orlando. Me acerqué a ella: estaba procurando obtener un pollo. Costó convencerla para que renunciase a la espera, y aceptase que yo la proveyera: estaba en situación de hacerlo, porque en la víspera, encontrándome en la playa con mi amigo Pepe de Gregorio, fuimos al caserío de El Totoral en procura de vituallas.

Las mujeres que estaban en la cola jamás habrían podido imaginar que con ellas estaba la esposa de un ministro, al que suponían bien abastecido.

Podíamos tener diferencias políticas, pero nunca dejé de admirar en él esa consecuencia con lo que decía en sus discursos y en sus escritos, ese desprendimiento total por todo lo que pudiese constituir un privilegio. Y para él ya significaba un privilegio el hecho de tener algo más que otro ser.

Hasta el día del golpe vivía en un modesto *bungalow* pareado, en una población construida por la Caja de Empleados Particulares, y que adquirió su esposa. Todo lo que había allí en su interior fue comprando ella, con su sueldo de contadora en *A la ville de Nice*.

Las únicas compras que hacía en sus viajes eran libros y libros, y algún engañito para su mujer y sus hijos. El no imaginaba que, al comprar los libros, sólo estaba aumentando las faltriqueras de los fascinerosos que reunió el general Manuel Contreras en su DINA, y que un día llegarían a saquear su biblioteca.

Sus amigos salesianos

La pasión por una causa que creía justa y que pensaba que haría la felicidad de los demás, prendió en la adolescencia. Cuando niño estudió en el Liceo Alemán y luego en el Colegio San José de los salesianos, en Punta Arenas. Esa pasada magallánica le dejó honda huella.

Era parlamentario comunista, y partía a Valparaíso a ver al anciano padre Olave, que se encontraba enfermo en el convento salesiano. Cuando las hordas de la DINA recogían su botín en su casa, se encontraron con una estampita de Don Bosco, que él conservaba desde su infancia. Uno de los malhechores exclamó: "¡Y esto qué hace aquí!".

A los redactores políticos nos causaba curiosidad que a la sala de los parlamentarios comunistas llegasen sacerdotes y monjas salesianos. Iban a ver a Orlando, a quien los periodistas apodaban *La monja alemana*, para pedirle que les sacase una subvención para alguna escuela o taller.

El llamaba a Lucho Guastavino y Pepe Cademártori, que también estudiaron en colegios salesianos, para que patrocinasen el proyecto. Ese afecto por los salesianos lo acompañaría hasta el final. El sábado 14 de este mes, cuando lo llamé por teléfono a su casa en Rotterdam (Holanda) para saludarlo por su cumpleaños 73 (que sabía sería el último), me pidió un favor: que le enviase el segundo tomo de las *Memorias del cardenal Silva Henríquez*, que aparecerían en estos días.

Liga de Estudiantes Pobres

Los hermanos debimos abreviar la niñez y la adolescencia. Nuestra madre murió cuando Orlando tenía trece años, después perdimos a nuestro padre. No nos avergonzamos de haber recibido la ayuda de la generosa Liga de Estudiantes Pobres.

Orlando terminó las humanidades, como se llamaban entonces, en el liceo nocturno Federico Hanssen (en el mismo local donde en el día funciona el Liceo de Aplicación), y después buscó devolver esa colaboración haciendo clases gratuitas.

Estudiaba Leyes y, al mismo tiempo, trabajaba en la Contraloría. Por paradoja, cuando la Junta de Gobierno ordenó que se le negase su jubilación como parlamentario por tres períodos, fue la Contraloría —servida por un "sí, mi general"— la que acató el abuso.

Fue en esa Contraloría donde nació su amistad con Enrique Silva Cimma, quien desafió las iras de la dictadura peleándole una jubilación que le permitiese vivir y atender las dolencias contraídas por el duro exilio. El pleito después fue continuado con denodada abnegación por Eduardo Jara.

En la universidad se incorporó al Grupo Avance, que sería el barbecho para los partidos de izquierda. Para muchos, ser joven era sinónimo de ese grupo. Así fue como allí militó Modesto Collados, quien después en la vida tomaría otro rumbo.

Desengaño socialista

Orlando se incorporó al Partido Socialista con todo el idealismo de sus 18 años. Los campos no estaban maduros para una cosecha temprana y el partido se "maleó" al llegar al poder con el triunfo del Frente Popular. Peculados, apetencia por puestos, un cónsul en Kobe que se dedicaba al contrabando, el terremoto de Chillán con robos en el reparto de la ayuda, le causaron toda una honda desazón. Veía cómo el idealismo podía sumergirse en el barro.

En un congreso en Talca la corriente purista que encabezaba Ricardo Latchman fue derrotada, y Orlando se marginó del partido junto con él. Más tarde con el doctor Natalio Berman y el profesor César Godoy formaron el Partido Socialista Inconformista, en cuyo frontis colocaron un cartel que decía: "Aquí no hay vacantes".

No tuvieron muchos adeptos, y después la colectividad se incorporó al Partido Comunista. Pienso que Orlando, de hábitos espartanos, de moral austera, aparte por supuesto de la ideología, vio en ellos a los *canutos* de la política.

Recuerdo una ocasión en que Lan-Chile invitó a directores de medios de comunicación a la inauguración de sus vuelos a Montevideo. Después de la comida en el hotel Victoria Plaza todos salimos. Salvo dos, Orlando, que era director de *El Siglo*, y Rodrigo Aburto, director de *El Diario Ilustrado*, conservador. Los dos extremos. Se quedaron conversando mientras tomaban una... taza de té. Cuando regresamos a la una o dos de la madrugada, allí estaban ambos conversando.

Orlando no era sectario. Dio pruebas de ello. Recuerdo el cumpleaños de la tía Aurelia, la que se convertiría en otra mamá grande cuando perdimos el hogar.

Ella desde la infancia había conocido a Rafael Otero, compañero del Instituto y que también perdió a sus padres muy niño, y él quiso ir a saludarla. Tenía sólo un recelo: llegar a la casa de Orlando, porque allí la tía seguía presidiendo.

Le pregunté por teléfono a Orlando y llegó a extrañarle que yo pensara en un veto para alguien que me acompañaba. Y esa noche Otero tuvo su lugar en la mesa.

Relegado en el norte

Los ideales le costaron muy caro a Orlando. En 1947, cuando tenía 29 años, la persecución de González Videla ("el pueblo te llama Gabriel", había dicho Pablo Neruda) lo fue a botar a Putre, en el altiplano, a 3 mil 500 metros de altura.

Dejaba en Santiago a su esposa embarazada y a un niño de tres años. La orden disponía que a los relegados no se les podía obsequiar alimentos ni enviar encomiendas: todo debían obtenerlo de su trabajo. Pero los campesinos eran muy pobres y no requerían de "mano de obra". Orlando les trabajó las reducidas viñas que tenían en el valle, llevaba a sus llamas a comer a los cerros. Allí enfermó y la secuela del mal quedaría en sus pulmones.

No tuvo un exilio dorado. En Moscú no le dieron la condición de VIP. Vivía solo (su esposa estaba en Holanda, porque enfermó y le hacía daño el duro invierno moscovita), ocupando un departamento en un barrio de la periferia.

Nunca tuvo un auto. Viajaba en tranvía, y una vez resbaló en la nieve y sufrió contusiones. El atendía sus necesidades. Como nunca faltaba a sus obligaciones, cuando no llegaba, sus camaradas decían "debe estar enfermo".

Y era así: dos veces lo hospitalizaron porque estaba con bronconeumonía.

El daño del tabaco

Además, los camaradas se reunían en habitaciones con doble vidrio, y la nostalgia de la patria lejana, y la elucubración de cuándo caería Pinochet, los hacía fumar y fumar.

Un afamado médico, exhibiéndole las radiografías donde aparecían sus castigados pulmones, le expresó: "Aquí tiene usted la cuenta que le pasa el tabaco. Hace 20 años usted debió dejar de fumar".

Orlando le replicó: "¡Doctor! Yo no he fumado nunca un cigarrillo".

Así era. Pero él se fumaba los cigarrillos de todos los demás.

Ahora escribía presuroso sus *Memorias*. Podía hablar del Chile que conoció en más de medio siglo. Qué de situaciones, qué de personajes, qué de revelaciones. Basta recordar cuando Fidel Castro se puso a reprender y darle consejos a la izquierda chilena, en un 26 de julio en que Orlando estaba invitado a La Habana. El se levantó y abandonó el proscenio, molesto por la prepotencia del dictador cubano. Todos quedaron atónitos: jamás antes un invitado le hizo tal agravio.

Trabajaba contra el tiempo. Sabía que su mal, una alveolitis fibrosa, que va endureciendo los pulmones, era irreversible. El, que gustaba de la conversación, debía hablar poco y lento.

El, que amaba las caminatas, se cansaba a los pocos pasos. Después se vio reducido a una silla de ruedas. Despertaba para seguir escribiendo. Temía que no alcanzara a terminar. Incluso cuando se le produjo la crisis mortal hace unos días, pedía sus carillas para continuarlas en el hospital.

Amaba entrañablemente a Chile. Durante 16 años el régimen de Pinochet le negó el derecho a vivir en su país. Y cuando pudo volver, no le fue posible. Con su mísera pensión, por los pocos años que fue ministro de Hacienda y de Economía, más unos años en la Contraloría, en Chile no habría podido costear su atención médica. Ninguna Isapre lo aceptaría. En Holanda, en cambio, disponía de la mejor ayuda médica, y gratuita.

El cariño por su patria estuvo representado por una anécdota: mi hija Daniela, que pinta, le envió una tarjeta en la que iba la cordillera. Orlando no se desprendió de ella. Y en su lecho tenía esa tarjeta. Lo último que vio fue su cordillera.